

NUESTRAS VISITAS



 PEPITO ARRIOLA
 




El insigne pianista Pepito Arriola, ante el piano

Hijas más, salud á estos caba'leros—las indujo la madre, cariñosamente.

Las nenas, dos angelitos frágiles y lindos como hechos de *biscuit*, se acercaron con timidez y curiosidad á nosotros y nos ofrendaron una gentil reverencia de minué. Las besamos en la frente.

—Venid aquí conmigo, que vamos á charlar un rato—les dije, al mismo tiempo que tomaba asiento en el sofá. Acomodé á cada una sobre mis rodillas y volví á besarlas. Las chiquillas, al verse tan espontáneamente acariciadas, sonreían y sus rostros candorosos expresaban una inefable satisfacción. Los padres sentáronse uno á cada lado nuestro; el genial Pepito Arriola en la banquetta del piano, frente á nosotros, reclinando la espalda con indolencia sobre la tapa del teclado; al lado de él, nuestro entrañable amigo Augusto Barrado.

—Oye—le dije á la niña mayor cuyo rostro redondo es precioso y está orlado por su melanita castaña, redondeada en los hombros como los pajes medioevales.—¿Cómo te llamas tú?...

—Pilar Osorio para servir á Dios y á usted—me contestó con vozecita melosa.

—¿Cómo Osorio?... ¿Pues no eres hermana de Pepito Arriola?...

La mamá, que estaba atenta á nuestra conversación, intervino:

—Son hermanos en mí; pero no en padre.

—¡Ah!, ¡ya!—comprendí y, volviéndome á Pilar, continúe:

—Y ¿qué edad tienes?

—Ocho años—repuso la niña.

—¿Te gusta mucho tocar el piano?

—Mucho.

—Y tú, chiquitina, ¿cómo te llamas?—pregunté á la otra nena, de rostro oval, cuya cabecita parece arrancada de un lienzo de Velázquez.

—Carmen—contestó melifluamente.

—¡Bonito nombre!... Y dínos, Carmina, ¿qué edad tienes tú?

—Cinco años.

—Me han dicho que tocas el piano muy bien...

La niña afirmó con la cabeza. Su madre robusteció su afirmación.

—Pilarcita tocó por primera vez á los tres años y medio. Carmen, algo antes y Pepito... Pepito fué el más precoz. Aquello fué asombroso: tocó por primera vez ¡á los treinta meses!

Todos miramos al genio, que permanecía sentado de espaldas al piano, un poco impasible y tal vez un poco alejado de nuestra conversación.

Pepito Arriola tiene ya diecisiete años y parece un príncipe de leyenda; tal vez por los ademanes, nobles y aristocráticos de su persona; acaso también por las delicadas líneas de su rostro, algo pálido y no endurecido todavía por las veladuras varoniles. Ni la barba ni el bigote presentan sus sombras en el cutis, que puede competir con el de la más delicada damisela. Sus ojos castaños, circundados de violáceas ojeras, son pequeños, brillantes y quietos; ojos soñadores, de un mirar melancólico, misterioso. Parecen extasiados en sí mismos, como si en sus retinas se hallara constante una visión ideal, como si miraran al pensamiento. Su boca, de labios carnosos, está siempre contraída por un gesto, mezcla de frialdad, indiferencia y dolor. La nariz es larga; Pepito tiene como movimiento característico el pequeño vicio de acariciársela distraídamente con los nudillos de sus dedos índices. Modelo de artista es su cabeza aliva, con la cascada de cabellos castaños y ondulados que parten de su espaciosa frente y peinados hacia atrás caen en largos mechones ondulados y airosos. La estatura es mediana y los hombros más bien anchos. Viste sin afectación, con sencilla elegan-

cia. Habla poco; lo justamente necesario para responder á una pregunta. Si la charla versa sobre su disposición artística, no le agrada intervenir y hasta baja la vista, expresando su rostro una sincera modestia, un simpático malestar.

—¡Es prodigioso...! ¡A los treinta meses!—comentamos nosotros con asombro.—Cuéntenos usted, señora, detalles de su revelación.

—Son algo conocidos. Verán ustedes: Vivíamos nosotros en el Ferrol—ya saben ustedes que Pepito es de Galicia. Al cumplir año y medio, le quité el ama y le puse niñera. Pero al nene esta sustitución no le agradaba; echaba de menos el pecho, no quería estar con la niñera y, claro, á falta del ama, prefería estar conmigo. Yo, que sentía y siento una gran pasión por la música, me pasaba horas enteras tocando el piano y el niño, sentadito á mi lado, se extasiaba oyéndome. ¡Qué alegría le daba! Un día, á los pocos de ésto, en un momento en que me encontraba yo arreglando las habitaciones, me pareció que tocaban el piano. Escuché más atentamente y me convencí de que, en efecto, tocaban y... tocaban *Moraima*, que era una de las piezas por mí preferidas... Corro á la sala y ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrarme á Pepito subido en esa banquetta tocando *Moraima*! ¡Oh! Lo que pasó por mí en aquel momento, no es posible expresarlo. Creí que estaba loca y me dió miedo, alegría, fascinación... ¡todo al mismo tiempo! Al verme, el nene dejó de tocar y gritó: ¡Mamá, yo coco piano! Y desde aquel momento de revelación este niño, en brazos de la niñera, reproducía al piano todo lo que oía. Bastábale escuchar dos ó tres veces una obra para repetirla, como si su cabeza fuera un fonógrafo donde quedaran impresas las notas. Cuando hacía octavas, como sus manitas no daban la llave, las saltaba. Y no tenía aún tres años, cuando en el salón Mont-

no ejecutó las primeras obras de concierto. Lo demás, ya lo sabe todo el mundo; marchamos a Alemania para que estudiara allí la carrera.

—¡Oh! ¡en muchos!

—¿Cuánto tiempo ha estado usted en Alemania, Pepito?

—¿En Alemania?...—contestó, rememorando. —Los cinco años de la carrera y cuatro más... nueve años en total.

—¿Con quién estudió usted allí?

—De profesor tuve a Alberto Jonás y de receptor de estudios a Arturo Nikisch.

—¡El gran Nikisch, que es uno de los mejores directores de orquesta del mundo entero!—agregó el Sr. Osorio.

—Bueno, terminó usted la carrera y ¿qu?

—Hice numerosas *tournées* por Europa y América, y sigo acudiendo adonde me reclaman mis contratos.

—¿En qué sitios ha dado usted conciertos?

—¡Oh! ¡en muchos! Principalmente en Alemania, Holanda, Inglaterra, Rusia, Estados Unidos, Méjico, Cuba, Argentina y últimamente en Mayo en la *Scala* de Milán. En California, di un concierto ante veinte mil espectadores.

—¿Y cómo es que en España no ha dado usted ningún concierto después de haber terminado la carrera?

Pepito Arriola se concretó a inhibirse, haciendo un encogimiento de hombros.

—Mire usted—explicó su madre,—como mi hijo no ha estudiado la carrera aquí... ¡la verdad!... y además...

—Vamos, es que ustedes—exclamé—tienen el temor de que se confirme el antiguo adagio de «nadie es profeta en su tierra»; pero en este caso, señora, ese temor es injustificado... La gloria de Pepito está recibida de la Providencia y sancionada y consagrada por el mundo entero. A nosotros, sus compatriotas, no nos cabe más que la gran satisfacción de que haya nacido en nuestra España... ¡Nada, nada; hay que oírle á usted!

Se habló algo más sobre esto. Yo proseguí preguntándole á Pepito.

—¿Los aplausos de qué público le complacen á usted más?

—Del alemán, que es el más inteligente en música.

—¿Supongo que á usted le conmovió el aplauso?

Pepito hizo un gesto de indiferencia. En su rostro, no se animó ni una línea.

—No, señor. Me da lo mismo. Lo agradezco, sí; pero me es indiferente.

—Pero ¿es posible—insistí lleno de asombro—que no se haya usted conmovido jamás al recibir las formidables ovaciones...?

—Espere usted—recordó Pepito—. Tal vez... tal vez... En California, la noche que me aplaudían los 20.000 *yankees* sentí un soplo de emoción, pero... ¡bah!, pasó rápido.

—Vamos á ver, Pepito. Ahora voy á permitirle hacerle una pregunta algo *audaz* y á la que tal vez, por estar sus padres delante, no pueda usted responder con sinceridad; pero... ¡qué caramba! ¡usted ya es un hombre!... ¿Tiene usted novia?

El eminente mozo, contra lo que yo esperaba, ni se inmutó. Con su característica frialdad, repuso sonriente:

—Ni la tengo, ni la tuve nunca.

—Mire usted—terció su mamá—en California, una muchacha inmensamente rica se prendó de él; pero ¡de qué manera!... La niña, que tenía catorce años, lloraba amargamente en el colegio,

porque Pepito regresaba á Europa; tanto, que sus padres nos llamaron y nos retuvieron en su casa unos días más. Entonces los niños se conocieron y quedaron muy complacidos.

—¡Bah!—murmuró el artista.

—¿Qué capital ha reunido usted ya, Pepito?

El llamó indeciso; la madre acudió rápida:

—Eso mejor es no decirlo, porque podría dar lugar á críticas...

—Sí; lleva razón mi madre. Luego, cada cual lo interpreta á su manera y... ¿para qué?

—No; eso no creo; no hagan ustedes caso de mi pregunta.—Y, después de una pausa, continué maquiavélico:—Como al público gusta saber esas cosillas triviales, le pondré á cálculo: cincuenta mil duros, por ejemplo.

—¡Cincuenta mil duros!—saltó rápida la madre.—Esa cantidad la produjo sólo una de las *tournées* de conciertos por los Estados Unidos.

—¡Pero, mamá! Si eso te lo ha dicho *El Caba-*

de D. Alfonso: otro de doña María Cristina, y uno, riquísimo, con la corona imperial, del Kaiser.

—Tocaréis algunas cositas para que tenga el gusto de oiros el amigo *Audaz*—invitó Barrado.

—Con mucho gusto. Lo que ustedes deseen—accedió rápido Pepito.—Tocaré yo primero y después las nenas. ¿Qué quieren ustedes? ¿De Listz, de Chopin, de Bach, de Schumann?

—Lo que usted quiera.

Pepito giró el cuerpo sobre la banqueta, meditó un instante, y después dejó correr sus manos largas y aristocráticas sobre el teclado del piano... Y comenzaron á cantar las notas bajo el prodigio de sus dedos la *Balada, en la bemol*, de Chopin, esas admirables páginas inspiradas en la poética *Willi*, de Mieczewicz. El, con el rostro transfigurado, mecido por la dulce melodía de las notas, parecía transportarse á regiones de delicia infinita. En los «fuertes», su cuerpo daba la sensación de estar agitado por una violenta corriente eléctrica; sus cabellos se alzaban en borbotones y sus manos daban viriles zarrazos. Terminó y nuestro sacro recogimiento rompióse en aplausos y exclamaciones.

—Ahora, obséquenos usted con alguna composición suya—pidió Barrado.

—¡Ah! ¿Pero es usted compositor también?—inquirí.

—Es á lo que dediqué mi principal atención. Tengo cuarenta y seis obras compuestas. En Nueva York se ha constituido una Sociedad para editar éstas y las que haga en lo sucesivo. Tocaré la que hace el número 40; *Impresiones argentinas*.

Volvió la maravilla musical; esta vez, más apasionada, más dulce, quizá más íntimamente sentida.

Después, tocaron las nenas y yo me quedé admirado de cómo Carmen, á pesar de sus cinco años, sin poder pisar aún los pedales, ejecutaba *Moraima*... Increíble para mis ojos.

El *Nocturno* y el *Preludio*, de Scriabine, realizados sólo con

la formidable mano izquierda del «virtuoso» Pepito, pusieron fin á esta visita agradable.

Ya camino de la redacción, repasaba yo en mi memoria la plática de la tarde. Las inspiradas notas de Chopin no me abandonaban... Recordaba á la vez—no sé por qué—un pesimista artículo de García Sanchiz en el que, á vuelta de unas bellas notas de color, se dolía el camarada cronista de que España cuando había de producir una maravilla, producía un torero: Joselito Gómez. No, inquieto Sanchiz, España es una madre fuerte, vigorosa, prolífica. España ha engendrado á Joaquín Costa, pensador, sociólogo, polígrafo—la fama lo decía por antonomasia;—á Zuloaga, sagaz crítico de nuestras costumbres pintorescas; á Sarasate, mágico heredero de Paganini; á Pepito Arriola, de cuya vida acabamos de hablar... España ha sabido ser madre... Pero la inmensa mayoría de sus hijos, envidiosos ó distraídos, dejan morir á Costa en el destierro de Graus, y entregan á Zuloaga, á Sarasate y á Arriola á los extranjeros, como los hijos perversos de Jacob vendieron á su hermano, porque era, junto á ellos, un sér superior... Triunfen los «fenómenos» y las «maravillas» de la tauromaquia, triunfen en buena hora, mientras haya cultas plumas que canten sus hazafas y les dediquen altisonantes adjetivos, y espafíoles que den 25.000 pesetas por verlos.

Es lo menos que el español merece.

EL CABALLERO AUDAZ



Pepito Arriola y sus hermanas Carmen y Pilarcita

FOT. CAMPJA

llero *Audaz* para sonsacarte. ¿No lo comprendes, tonta?

Reímos. —Bueno—volví á insistir, confiado—pues, por lo menos, dígame usted cuánto acostumbra á cobrar por concierto.

—Según... En Europa 1.000 pesetas por sesión. En América, bastante más.

—Y, aparte de la música, ¿por qué cosas siente usted preferencia?

—Por la lectura y por el mar. Allá, en Leipzig, que es donde nos otros residimos la mayor parte del tiempo, tengo un pequeño bote para remar en el río. Esos paseos, sobre el Pleisse, me encantan... me recuerdan el Báltico y nunca encuentro el instant de volverme al *chalef*.

—¿Poseerá usted varios idiomas?

—Bastante regular, hablo cuatro ó cinco: español, alemán, inglés, francés y ruso.

—¿Ante qué jefes de Estado ha tocado usted?

—Me han hecho el honor de escucharme, aquí, Don Alfonso, doña Victoria, doña María Cristina y sus Altezas Reales. En Alemania, el Emperador Guillermo y toda la familia imperial, y D. Porfirio Díaz, siendo presidente de la república mejicana.

—Por gusto, voy á enseñarles á ustedes los infinitos regalos que tiene.

Dicho esto, fué la mamá de Pepito á la habitación inmediata y tornó rápida con un maletín pequeño de viaje. Una á una, fuimos viendo muchísimas ricas joyas. Entre ellas estaban: un alfiler con corona y cifras reales en brillantes, obsequio